

menino puede éste ser de primer orden y bien selecto.

Por otra parte no hay que olvidar en este punto la obra de educación popular que se atribuye a las Bibliotecas Populares. Para una tarea así la mujer es, según todos sabemos, un instrumento excelente. Y también debe recordarse siempre el carácter atractivo, amable, de limpieza y coquetería que se quería dar a las instalaciones y mantener en ellas. La preparación de este personal técnico debía hacerse, y así se realizó, en efecto, en una escuela aparte que proporcionaba títulos facultativos, a cambio de tres años de aprendizaje en la misma. Estos títulos daban ingreso a cerrada carrera, bien en la jerarquía de director de biblioteca, bien en la de auxiliar.

Las materias de preparación han sido las siguientes:

- 1.ª Humanidades y disciplina central de la cultura.
- 2.ª Teoría del libro, de la biblioteca y de su servicio.
- 3.ª Práctica del servicio de la biblioteca.
- 4.ª Conocimiento especial de lenguas, historia, literatura y geografía patrias.
- 5.ª Instrucción cívica y elementos de derecho usual y político.

Otras normas aplicadas a la que recibía el título de *Escuela Superior de Bibliotecarias* eran las siguientes: ingreso de la alumna en una edad mínima de dieciocho años y mediante un examen acreditativo de conocimientos generales elementales y de la posesión del francés y de otras lenguas modernas; examen de ingreso restringido en el

sentido de dar sólo acceso a corto número de plazas, a fin de asegurar a cuantas hubiesen pasado por la Escuela, colocación ulterior; enseñanza durante tres años distribuidos en seis semestres de estudios; cursos teóricos únicamente por la mañana, reservándose las tardes para el aprendizaje práctico y la preparación de las lecciones; las horas de cursos teóricos y prácticas en un minimum de cinco por día; supresión de exámenes; pruebas eliminatorias y término de la carrera; ingreso en la carrera por la situación de auxiliar de biblioteca, pudiéndose entrar en la categoría de director después de algunos años de servicio.

Tal vez sería menos difícil de lo que a primera vista parece la aplicación, extendida ahora a toda España, de lo que entonces fué un ensayo local. Desde luego puede responder del éxito la experiencia de algunos años. Aparte de la ventaja estricta que la aparición de este personal ha aportado al servicio de las Bibliotecas Populares, empezaba a lograrse con esto en Cataluña (y ha sido lástima que circunstancias ajenas a todo propósito de cultura hayan quebrado el desarrollo de aquel designio) un nuevo tipo de profesional femenino, elevado y ennoblecido por una misión social, armado de elementos de cultura hasta ahora reservados a los muy escogidos y a la vez una competencia estricta en una función profesional. Añadiremos que en la multiplicación de un tipo social así habíamos puesto algunas esperanzas y volveremos a ponerlas, siempre que el ensayo se repita, para la transformación de las condiciones intelectuales de la mujer y también de nuestra sociedad en general.

¿DOS AÑOS DE GRIEGO EN EL BACHILLERATO?

FRANCISCO RODRIGUEZ ADRADOS

EL PROBLEMA

El Proyecto de Ley de Enseñanza Media preceptúa la existencia en el Bachillerato de dos cursos de griego, que se pueden escoger —con el

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS es *Catedrático de Lengua y Literatura Griega del Instituto del Cardenal Cisneros, de Madrid. Es autor de libros sobre El sistema gentilicio decimal de los indoeuropeos occidentales y los orígenes de Roma; Estudios sobre el léxico de las fábulas esópicas; una traducción de Tucídides, y otros varios. En recientes oposiciones acaba de ser votado para una Cátedra de Filología Griega de la Universidad de Madrid.*

latín— a cambio de las Matemáticas. Por tanto, se trata no sólo de una reducción del número de alumnos que han de cursar este estudio, sino, sobre todo, de una reducción del tiempo a él destinado: cuatro años en el plan de 1938; tres, tras la reducción posterior que se hizo; dos, ahora.

Así como en 1938, al implantarse el plan que señalaba cuatro cursos de griego para todos los alumnos, apenas había —paradójicamente— helenistas en España, hoy las cosas han cambiado. No podemos decir que los estudios helénicos hayan alcanzado un gran esplendor, pero sí que existe un plantel de profesores competentes relativamente numeroso. Se da hoy, pues, la posibilidad de opinar sobre el griego y su enseñanza en el Bachillerato, no sólo desde fuera, sino también desde dentro: cerca de quince años no pueden dejar procurar alguna experiencia. La mayoría de los

helenistas españoles ha expuesto, efectivamente, su opinión en un escrito que se publicó en el número 4 de la revista *Estudios Clásicos* (1). Las ideas que allí se sostienen son, en síntesis, las siguientes:

1.° Que una reducción del número de cursos haría totalmente infructuosa la enseñanza.

2.° Que, en cambio, se podría hacer que el griego no fuera obligatorio para todos los alumnos, sino tan sólo para los que lo escogieran a cambio de alguna otra materia —es decir, sin sufrir por ello recargo de trabajo— en los Centros capacitados para dar esta enseñanza de una manera efectiva.

3.° Que el griego fuera exigido en la prueba final del Bachillerato a los alumnos que lo cursaran, igual que cualquier otra materia.

Podrá pensarse que después de lo anterior queda dicho todo. No lo creo yo así: ahora la posibilidad de los dos años de griego se perfila con mayor claridad, y hemos de, colocándonos en hipótesis ante ella, tratar de ver si existe una finalidad del griego que justifique esos dos años, al poder ser alcanzada en ellos. Contribuiremos así, modestamente, a este diálogo sobre temas de enseñanza que con tanta buena voluntad y comprensión han aceptado y buscado las autoridades docentes, y del que es exponente esta misma Revista. No desconocemos, por lo demás, lo complicados que son de por sí todos los problemas del Bachillerato en conjunto, y si pedimos que se nos perdone esta insistencia es en atención a que se trata de un problema decisivo: de un lado, para el propio Bachillerato, porque si es verdad que dos años de griego no tienen, a la edad de los alumnos que van a cursarlos, un fin específico, tiempo y trabajo serán perdidos en balde; de otro, para el porvenir en España de los estudios helénicos, que han constituido hasta hoy una de las mayores fallas de nuestra cultura nacional (2).

¿CÓMO JUSTIFICAR LOS DOS AÑOS?

Hay que suponer que en el examen final del Bachillerato Superior se exigirá el griego a los alumnos que lo hayan cursado, al igual que otra cualquier asignatura. Es no menos verosímil que, aparte de que se exijan en el examen oral conocimientos como la literatura griega o los que eventualmente entren en el cuestionario de la asignatura, en el escrito habrá que traducir un texto griego; de lo contrario, la existencia de la asignatura continuaría siendo en muchos Centros letra muerta. Ahora bien, la experiencia nos permite afirmar que en dos años, alumnos de la edad que tendrán los que estudian el griego no podrán llegar a interpretar un texto corriente. Lo más a que se puede aspirar, en ese plazo, es a un dominio regular de la Gramática elemental, a la tra-

ducción de frases destinadas a ejemplificarla y, todo lo más, a traducir algunos trozos muy elementales de Jenofonte o autor análogo; pero siempre bajo la dirección del profesor, que ha de explicar de antemano todas las dificultades y peculiaridades del texto; en una palabra: ha de enseñar a traducir, pero sólo algún alumno excepcional podrá al final del curso traducir *por sí solo* en un examen, con cierta seguridad, estos fáciles pasajes.

Claro está que alguien podría pensar por un instante en pedir en el examen la traducción de frases construidas artificialmente, semejantes a las de cualquier método de enseñanza de otra lengua; frases cuya utilización en clase debe restringirse al mínimo imprescindible. *Estas frases en nada participan de la construcción normal de la lengua griega, y su casi único valor es ayudar a retener la Morfología.* A su vez, el aprendizaje de la Morfología por fuerza ha de ser en gran parte memorístico, por más que pueda a veces facilitarse aplicando ciertos rudimentos de Lingüística, y ser al tiempo aprovechado para despertar el sentido lingüístico del alumno. *Pero en términos generales puede decirse que Gramática y ejercicios de aplicación no son más que una preparación para un fin ulterior: la traducción.* Y si no hay tiempo para alcanzar ese fin, no merece la pena la costosa preparación que a él conduce. Porque con el griego ocurre lo mismo que con tanto acierto decía del latín el señor Director general de Enseñanza Media en sus conferencias del Ateneo: que para que sea fructífero necesita ser estudiado con cierta profundidad. Prueba de ello es que si es verdad que de los numerosos países cuyos planes de estudios analizó sólo en uno o dos faltaba el griego —dado a un número mayor o menor de alumnos, nunca con carácter general—, también lo es que siempre se dedicaba al mismo más de los dos años de enseñanza. *Es que otras materias se pueden dar con mayor o menor extensión, y el rendimiento es proporcionado a esa extensión; mientras que aquí hay que pasar de un cierto conocimiento mínimo para poder decir que se ha entrado realmente en materia.* Porque tampoco es éste el caso de las lenguas vivas, en las que puede defenderse que se dé una iniciación que se puede completar después, si se quiere; aquí el ciclo completo, más o menos amplio, ha de darse entero en el Bachillerato, porque la inmensa mayoría de los alumnos han de seguir luego otras rutas.

Cierto es que algunas veces se ha querido buscar la justificación principal de la enseñanza del griego en el Bachillerato en su interés para el conocimiento de la etimología de los numerosos helenismos y términos técnicos derivados del griego que hay en el español y en las lenguas modernas en general.

Es necesario, pues, que nos detengamos a considerar lo que puede haber de acertado o desacertado en este punto de vista.

Hay dos maneras de enseñar la etimología griega de los términos a que nos referimos: una manera científica y una manera acientífica, muchas veces en realidad anticientífica. Veamos una y otra.

(1) Fue reproducido en la publicación periódica de los P. P. Jesuitas de Salamanca *Perficiit* (núm. 67). Véase también el artículo de don Manuel F. Galiano en el número 1 de esta REVISTA DE EDUCACIÓN (págs. 12-16).

(2) Véase, sobre este segundo punto, mi artículo en *Alcalá* (núm. 6), titulado "La enseñanza del Griego".

La interpretación científica de los helenismos, que son casi siempre compuestos o derivados, es con frecuencia muy difícil. La composición y derivación son dos de los más difíciles capítulos de la Gramática griega, inadecuados, en términos generales, para el Bachillerato. *Geometría* tiene, ciertamente, que ver con *gé*, “tierra”, y *métron*, “medida”: ¿cómo aparecen, pues, *geo* y *metría*, que no existen en griego? *Taumaturgo* es “el que hace milagros”; pero mientras que “milagro” (en griego, propiamente, es “maravilla”; “milagro” es sentido ya cristiano) es *thaúma*, “el que hace” es *ergós*, que no existe como palabra, sino que es un adjetivo verbal, existente sólo en composición, derivado de la raíz *erg*, la cual tampoco se descubre a simple vista en el presente del verbo hacer (*erdō*), aunque sí en otros tiempos; y aún falta por explicar cómo de *thaúma* y *ergós* sale *taumaturgo*. Estos son dos ejemplos entre mil, y bastan para refutar la risible ingenuidad con que se suelen interpretar los helenismos partiéndolos simplemente por la mitad.

De aquí nuestro apuro cuando se nos plantean cuestiones etimológicas por gentes a las que es imposible dar una explicación exacta de los hechos. Pero otras veces nuestro apuro depende de otra razón: con frecuencia los tecnicismos modernos, en vez de estar calcados en cuanto a su formación sobre el griego, están hechos de manera caprichosa e ininterpretable. No me refiero ya al caso, frecuentísimo, de que a una palabra griega haya acabado por atribuírsele un sentido que jamás tuvo en griego; ejemplo: el dado a la preposición *metá* por imitación de *Metafísica*, que se interpretó erróneamente por “lo que trata de cosas más elevadas que la Física”. Aludo, sobre todo, a palabras como *quirófano*: si es fácil ver *kheír*, “mano”, y la raíz *phan*, “mostrarse, aparecer”, no por ello deja de quedar la palabra tan oscura e ininterpretable como al principio; y morfológicamente, la formación es perfectamente arbitraria.

Sin embargo, los que ven en la etimología el fin principal del griego, prescinden de estos problemas y se refieren más bien a una enseñanza puramente empírica y aproximativa, errónea muchas veces. Algo así como la de aquella disciplina de “Terminología científica”, que tan pronto cayó en descrédito. No dudo que esta enseñanza tenga cierto interés, sobre todo si el profesor tiene conocimientos de Ciencias de la Naturaleza y otras; lo que dudo es que para darla hagan falta helenistas competentes —el saber demasiado griego más bien estorba para ella—, y también que haga falta perder dos años en este estudio.

Con todo esto no quiero quitar importancia al valor que el griego tiene para la mejor interpretación de una buena parte de nuestro vocabulario. Quiero únicamente hacer ver cómo este estudio, en la medida limitada en que es accesible al Bachillerato, no justifica el estudio en éste del griego. Lo cual no quiere decir que si se estudia el griego no deba sacarse de él el mayor partido posible para la interpretación de los helenismos españoles; inversamente, el previo conocimiento de estos helenismos facilita grandemente la adquisición del vocabulario griego.

Análogas consideraciones a las hechas respecto a la etimología podrían hacerse si quisiéramos convertir la clase de griego en simple auxiliar de otras asignaturas: la Historia, la Literatura o la Filosofía, sobre todo. *Es absolutamente cierto que el conocimiento de la cultura helénica, en sus varias manifestaciones —Historia, Literatura, Mitología, Filosofía...—, es una parte muy importante de la clase de griego; pero toda la clase ha de centrarse y orientarse en torno a la traducción de una serie de pasajes del mayor número posible de autores griegos.* Estos pasajes han de ser situados por el profesor dentro de la Historia y de la Literatura griegas; han de ser comentados, completados con resúmenes o incluso con la lectura de traducciones; son el ancla que da a todo el conjunto el sentido de la unidad y que convierte una serie de nombres y de fechas en algo, por decirlo así, real y aprehensible. En el momento en que se quite ese centro a la clase de griego, queda solamente una serie de conocimientos sueltos, que acabarán por reputarse suficientemente representados en el Bachillerato con estar en las asignaturas arriba citadas. Todo esto prescindiendo del interés de la traducción del griego en sí y de por sí; tal vez no haya ninguna lengua que pueda aprovecharse tan bien para despertar el sentido lingüístico del alumno por su alejamiento de la nuestra dentro de su emparentamiento —el francés y el inglés tienen una estructura, en lo esencial, idéntica a la del español—, y de ejercitar, gracias a la lógica y a la libertad al mismo tiempo de su construcción —tan lejos de la uniformidad del alemán, por ejemplo—, tanto el sentido del análisis riguroso como el de la síntesis; aunque sólo, por supuesto, una vez que se supera aquel costoso esfuerzo inicial de que hablaba al principio, y que no puede por sí mismo constituir el fin de la enseñanza del griego.

No es mi intención, sin embargo, hacer aquí la apología del griego y de la cultura griega, ni tampoco la de su estudio en el Bachillerato; básteme recordar que en casi todas las principales naciones de Europa se mantiene en él en una forma limitada en cuanto al número de alumnos, pero en general efectiva en cuanto a la profundidad. Mi propósito era, sencillamente, éste: *hacer ver que un griego de dos años, aun cuando tuviera garantías de igualdad en la práctica con otras asignaturas* (esto es, de no ser una especie de trabajo extraordinario, que otros alumnos se ahorran, sin perder por ello en los exámenes), *quedaría tan atrozmente mutilado que perdería una grandísima parte de su interés y, en consecuencia, no podría seguir subsistiendo mucho tiempo.*

PANORAMA DE UN PLAN CON TRES AÑOS DE GRIEGO

Empecemos por sentar que tres años de griego no son suficientes para obtener de él un mediano conocimiento de la lengua y la literatura griegas. Prueba, que para el latín se considera necesario un número superior de cursos, y no es más difícil que el griego; prueba también, que en los cuestionarios del plan de 1938, que presuponen cuatro

años, sólo en el cuarto se prescribe la traducción de textos poéticos, parte esencial de toda literatura. Dejemos, sin embargo, de examinar lo que serían cuatro años de griego para no salirnos de la realidad, y contentémonos con lamentar que el estudio de las lenguas clásicas exija irremediablemente tanto tiempo en un mundo que cada vez tiene menos. Veamos, en cambio, qué es lo que ha sido y qué es lo que podría ser un griego de tres años.

Ante todo hay un hecho, que no sé si se ha consignado por escrito alguna vez, pero que he oído comentar a varios compañeros, y que yo mismo puedo testimoniar: *cuando se empieza la enseñanza del griego en el quinto año, es fácil despertar el interés por la asignatura, al menos en el grupo de alumnos buenos y de término medio que hay en toda clase*; se consiguen en este curso progresos bastante rápidos. Como esto es cierto, no lo es menos que este interés decae progresivamente en sexto y en séptimo curso: los alumnos que se interesan y trabajan son cada vez menos. Lo curioso es que ahora precisamente es cuando vamos pudiendo liberarnos de la Morfología y profundizar en la traducción y el conocimiento de la cultura griega. Pero la paradoja no es más que aparente. El tiempo del alumno es cada vez menor (3); y, simultáneamente, se va dando cuenta cada vez más del ambiente general: de que en tal o tal sitio no se da griego, ni otras varias materias que no figuran en el Examen de Estado, que es lo único que se prepara. Al tiempo, el Instituto no puede permanecer totalmente indiferente a las circunstancias exteriores, so pena de perder todos sus alumnos.

No he esbozado este negro cuadro, en vías ya de radical transformación, más que para que se vea que si hoy, a pesar de él, se consiguen algunas veces en la enseñanza del griego en el Bachillerato resultados apreciables, estos resultados serían mejores si desaparecieran esos factores adversos, y más con una reducción grande del número de alumnos. Porque yo llamo *resultados apreciables* a lograr que los alumnos que acaban el séptimo año *hayan traducido numerosos fragmentos pequeños de diversos autores clásicos, y otros más extensos de Jenofonte y de Platón, autores cuya traducción resulta relativamente sencilla* (prescindiendo de pasajes difíciles) *a los mejores de ellos; y que, al mismo tiempo, hayan adquirido un conocimiento bastante aceptable de lo más importante de la literatura y la cultura griegas*. Y, sin duda, otros compañeros han al-

(3) Sobre la cuestión del tiempo hay que hacer notar que su falta no se debe solamente al exceso de asignaturas, sino también a la obligatoriedad de las permanencias. Muchísimos alumnos, en efecto, aprovecharían mejor en casa el tiempo de estudio. Últimamente, esta tesis ha sido defendida (para los últimos años) por el ponente sobre esta cuestión en la última reunión de Estudios Pedagógicos de Santander, señor Villarejo. Yo mismo, que aún tengo relativamente recientes mis años de estudios en un Instituto Nacional de Enseñanza Media, puedo comparar los resultados del estudio en casa con los del colectivo que ahora se practica, y la comparación no es favorable para éste. Bien es cierto que hay casos y casos; pero debería dejarse a los padres libertad de opción.

canzado más de lo que a mí me ha sido posible.

No hay duda ninguna de que estos resultados, si apreciables no totalmente satisfactorios, podrían mejorarse mucho y, sobre todo, alcanzarse en un número mucho mayor de alumnos si cambiaran, como es de esperar, las circunstancias a que he aludido. Ahora bien: *si el tiempo no lo es todo, es evidente al menos, después de lo dicho, que un mínimo de tres años es imprescindible para intentar desarrollar una labor seria*. Hay varias fórmulas mediante las cuales podrían mantenerse en el nuevo Bachillerato, con carácter optativo, los tres años de griego:

a) Una de ellas consistiría en que se conservaran los siete cursos, siguiendo la opinión de muchos educadores.

b) Otra, que contando con los seis años, *la limitada especialización que se planea comenzara en cuarto curso y no en quinto*, atendiendo a que los alumnos de cuarto tendrán la edad de los de quinto de ahora.

c) También podría proponerse *que se dejara todo tal como está en el Proyecto de Ley, pero que empezara el griego en cuarto año, esto es, antes de la división*. Un año de griego no puede tener, desde luego, ningún valor de formación, pero podría ser útil a los que no lo prosiguieran desde el punto de vista de la etimología y el de aprender a leer el griego y traducir alguna frase sencillísima; se podría explicar también en este curso algo de cultura griega. *Esta solución tendría la ventaja de que con ella la elección de asignaturas en quinto año no sería totalmente a ciegas*.

d) Queda aún una cuarta posibilidad: *que conformándonos ya con los dos años como cosa irremediable, en el primero de ellos la clase de griego fuera diaria*. No ignoro que esto sería difícil de conseguir por la multiplicidad de asignaturas, y que, además, las clases diarias presentan algunos inconvenientes; pero como posibilidad de solución, junto a las otras, queda apuntada.

Naturalmente, hay que recalcar que el problema del griego en el Bachillerato no es exclusivamente un problema de tiempo. El tiempo es una condición previa a toda otra; pero para que el rendimiento sea eficaz hace falta que se cumplan aquellas otras a que aludía antes, y que se resumen en que *el alumno que estudie griego no tenga un recargo de trabajo respecto a los demás* (4), pero que sepa que ha de examinarse de esta materia como de cualquier otra en el examen final. A pesar de las adversas circunstancias, en bastantes Institutos se ha hecho estos años todo lo que se ha podido. De los demás Centros, haciendo excepciones honrosas, basta decir que en los más de ellos el griego no se cursaba; y de los alumnos que por fuerza habían de estudiarlo por examinarse como libres, por uno u otro motivo, en un Instituto, después de la desagradable experiencia de haber examinado a muchos cientos de ellos, puedo decir que, con rarísimas excepciones, sus conocimientos oscilaban entre no conocer el alfa-

(4) A este respecto cabe observar que el Plan propuesto no es enteramente satisfactorio, puesto que cambia dos asignaturas (Griego y Latín) por una sola (Matemáticas).

beto y saber de memoria lo más elemental de la Morfología, sin notarse diferencia apreciable entre los alumnos de quinto curso y los de sexto y séptimo; *es decir, no sabían traducir una línea de un autor griego, ni conocían nada del mundo helénico*. La conclusión es que no sacaron provecho alguno de la asignatura; como consuelo, cabe presumir que los más no gastaron en ella demasiado tiempo. Ni a ellos ni a sus Colegios o profesores puede cargárseles con toda la culpa de estos resultados, sino más aún a las circunstancias expuestas, que esperamos desaparezcan definitivamente. Hay que añadir que cuando se implantó el griego, con carácter de generalidad, era esto imposible de llevar a la práctica por falta de profesorado preparado; hoy todavía es muy insuficiente el que hay. Conviene, pues, que no se dé griego más que en los Centros donde pueda darse dignamente, claro está que sin poner con ello en desventaja a los otros.

Pido disculpa, para terminar, de que estas páginas estén tan erizadas de problemas actuales y de consideraciones que algunos juzgarán un poco a ras de tierra. Sería fácil explayarse ampliamente sobre la metodología de la enseñanza del griego o sobre la trascendencia de su estudio dentro del cuadro de las disciplinas de carácter humanista. *He juzgado más urgente sentar las bases sin las cuales todo lo que se diga sobre la enseñanza del griego y su orientación y matices es irrealizable*. Desde el punto de vista egoísta, un griego de dos años sería tal vez preferible para los profesores; las premisas que he sentado exigen de nosotros mayor trabajo y responsabilidad; pero se trata, sencillamente, de que, ya que salvando una laguna de nuestro Bachillerato con respecto al de otros países, en 1938 se introdujo en él el estudio del griego y ahora se conserva, este estudio sirva para algo en la educación de los pocos o muchos alumnos que lo cursen.

CONSIDERACIONES SOBRE NUESTRA UNIVERSIDAD

JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO

Juan Ignacio Tena escribió una vez que, así como otros pueblos se complacen en tapar lo esencial con lo accidental, los españoles tendemos a esconder las cuestiones accidentales detrás de las esenciales. Pero, ¿cuáles son entonces las esenciales? Porque cuando esa conducta se convierte en hábito, aun lo aparentemente más secundario puede convertirse en cuestión de vida o muerte, ¡y de qué manera! ¡Y qué no tendremos que decir de lo que es ya fundamental, y sólo por comparación con aquello que lo es más todavía, con "la última cuestión" que puede plantearse a un pueblo, parece secundario! Miguel Sánchez Mazas se refería no hace mucho en Alcalá a "un extraño e impresionante silencio en torno a las cuestiones más vitales del presente y el porvenir español" (1). Es satisfactorio consignar que, en torno a algunas de

las más importantes, el silencio se ha roto. Ello permite todas las esperanzas.

Sobre una de esas cuestiones —la Universidad— Pedro Laín Entralgo publicó, a principios del año 1950, una serie de artículos, recogidos después, junto con otros trabajos, en un librito: *La Universidad. El intelecto. Europa* (2). Fuera porque suscitara inquietudes, fuera porque coincidieran con inquietudes paralelas, por entonces aparecieron comentarios sobre el mismo tema en *Arbor*, *Razón y Fe* y *La Hora*. Desde entonces, el tema no ha dejado de estar presente en diarios y revistas, especializadas y no. Los números de la revista *Alcalá*, y la reseña de revistas de esta misma REVISTA DE EDUCACIÓN, son un convincente testimonio. Desde el modesto lugar que me correspondía quise contribuir a que no se creara, en derredor a la aportación de Laín, el vacío de la admiración sin comentario, a consecuencia de la cual tantos atinados textos de Ganivet o de Unamuno continúan siendo admirables, sí, pero también absolutamente actuales ¡al cabo de medio siglo! En consecuencia, traté de dialogar, a sabiendas de que, personalmente, al ponerme a comentar lo que Laín dejó para "más agudos tratadistas o más graves pensadores" (3), me exponía a un paralelo en el que llevaba todas las de perder. Pero me parecía deber mío cooperar en lo que me era

(1) "La Universidad y las aldeas", *Alcalá*, núm. 2.

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO, *Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas, Teniente Coronel Jurídico del Ejército del Aire y Subdirector de los Cursos de Periodismo de Santander, demuestra a través de toda su obra, en el libro y en el artículo, su preocupación universitaria. Es autor de una historia interna de la España contemporánea ("De Cánovas a la República") y de un examen de la obra política de Balmes.*

(2) Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1950.

(3) Ob. cit., pág. 53.